

CAMBIAR SUEÑOS POR SOMBRAS: HOMENAJE A JOSEFINA PLÁ

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Lunes 11 de enero de 1999, 17.30 hora local en Asunción, Paraguay. Josefina Plá, una incansable tejedora de historias decide irse a dormir por última vez. Se acurruca entre sus sueños, coloca bien la almohada de las metáforas y respira profundamente, cansada de cometer todos los pecados que se puedan cometer con las palabras. Cierra lentamente sus ojos azules, brillosos, pícaros, con esa mirada a medio camino entre la ingenuidad y la malicia. Coqueta, debe haber pasado su mano telúrica por su blanca cabellera, ésa que antaño debió resplandecer dorada sobre el incansable sol paraguayo. Me imagino que antes de acostarse le habrá dado de comer a sus numerosos gatos, felinos que poblaban de aullidos la galería de su casa, y ella, parsimoniosa, les regalaba una caricia y un nombre.

Josefina Plá duerme ahora acunada por el mar, su gran nodriza verde, las olas le deben haber hecho un hueco entre sus espumas y el vaivén salino la guiará irremediablemente hacia otras orillas, hasta las costas mayoreras de su infancia, y allí pasará silenciosamente por la Isla de Lobos. Tal vez esté recogiendo plantas de *hojitas como dedos de ángeles*, o haya decidido darse un baño en ese *charco de pececillos "impescables"*, mientras su padre, velador de horizontes, la espía desde el faro con una estrella de vidrio entre sus manos. Y su madre aguardará que llegue para juntas emprender el vuelo en la alfombra mágica de los cuentos.

Así, el mar nos devuelve lo que nunca nos quitó, un corazón marino que habitó tierra adentro en una "isla sin

mar". El amor le hizo cambiar su pálpito de agua por un latido de tierra, por ello con el tiempo también hizo suyo el dolor paraguayo. Y en el trópico echó raíces que la mantendrán indisolublemente unida al corazón de América, la Cruz del Sur será por siempre su guardiana y la guarania pondrá música a sus secretos más inconfesables.

Tal vez desde la Isla de Lobos veamos aparecer una nueva San Borondón, amasada con el lodo y los sueños de Josefina Plá. La brisa atlántica nos traerá el eco de nuevos versos que nos hablará del barro con alas, del corazón velero, de la irreprimible sed de mil semillas, de un cuerpo y un espejo que no podrá borrar la cara de la muerte. Porque su poesía todo puede hacerlo: desnudar una rosa, o bien tallar el agua, o calentar el sol que se duerme entre sus manos. De este modo, Josefina Plá, que acá estuvo, ahora regresa, loca de esperanza, creyendo en la palabra que le dieron y acercando su oído de arena a los vientos nocturnos. Vendrá con una flor tatuado en la pupila, con un alba crucificada debajo de la frente y un beso acurruado en la raíz de su lengua, para así ser su propio testimonio: ¡Con un pedazo del misterio guardado siempre en la mirada y en la sonrisa siempre un poco de la tristeza deseada! Y al fin podrá reírse orgullosa de que el gato que ha comido muchos pájaros pueda salir volando.

Desde Lobos la veremos renacer de la sombra, porque en lo alto de la costa, como un pájaro oscuro, tremola una bandera que dice: PARA SIEMPRE...

DOS CUENTOS DE JOSEFINA PLÁ

MASCARITAS

Felipe Neri se inclinó por cuarta o quinta vez sobre la cabecera de la cama en que yacía su mujer, Dionisia:

—De vera, de vera?... No necesita nada, m'hijita?...

Y por la cuarta o quinta vez contestó ella:

—Anivere penati, Felipe; ya le oíste a Na Cayé que recién se cumplió los nueve. Y además, no quiero que nazca mascarita.

Rieron los dos. Sin embargo, Felipe Neri no se convencía. Miraba en torno, sin acabar de decidirse. La casita tenía dos piezas, y aquélla era la más amplia, sin ser por ello muy espaciosa. Estaba, eso sí, bien blanqueada, y tenía, lujo no corriente por entonces en la campaña, el piso de ladrillo. Dionisia había sido maestra de cuarta categoría, cerca de Barrero, y estaba acostumbrada a cierta comodidad. La cama se alargaba

pegada a la pared del fondo: de un clavo colgaba una lámpara de kerosén, prendida ya, porque anochecía. En el otro ángulo, frente a la puerta, una mesita y sobre ella un nicho antiguo, con rastros de dorados en sus viejas molduras: en él la imagen de la Virgen que fue de la abuela de Dionisia, pequeña imagen primorosa a la cual no faltaban ni los aritos de oro. La rodeaba profusión de flores de papel y de velitas en pequeños candeleros de latón. Dos sillas de caranday: la hamaca recogida sobre una escarpia; debajo de la pequeña ventana, ahora cerrada, el negruzco baúl, cuya tapa servía de repisa para varios botellines y una jarra de agua: en el lienzo donde se abría la puerta, una percha, y colgando de ella, cubiertas con un pedazo de limpia sábana, algunas ropas; el poncho de Felipe, unos vestidos, aquel tapado que hacía de Dionisia una mujer aparte en una vecindad en que ninguna llevaba sino rebozo o a lo sumo un saquito de bombasí. Apenas quedaba en la pieza espacio para moverse.

—Ña Estanislada me dijo que iba venir a las ocho para hacerte compañía. Si necesita le pide que avise enseguida a Ña Cayé.

—Pero te voy diciendo que no, Felipe.

—Vos sabés que no te dejo sola por gusto, hoy tan luego; pero ese gringo se va mañana a la capital; tengo que aprovechar hoy mismo para cerrar el trato de las vaquillonas que nos quedan porque quién sabe cuándo encontraré otro buen comprador. Y más pronto arreglamo lo de la chacrita en Barrero, mejor, ayépa?

Sonrió, y Dionisia le devolvió la sonrisa. Era el sueño de los dos, aquella quintita cerca de Barrero. Felipe entendía más de chacra que de hacienda, y Dionisia añoraba sus relaciones de cuando allá era maestra "de cuarta clase" antes de casarse. Bien valía la pena quedarse sola, aunque la ocasión no fuese la mejor para ella. Tampoco lo era para Felipe: domingo de Carnaval no es momento para viajar.

—Le dije esta siesta a tu hermano que yo tenía que hacer esa diligencia precisamente hoy y le pedí para que viniera quedar contigo esta noche. O siquiera darse una vuelta, porque tás sola y tengo preocupación por vos. Y está el dinero luego. Me contestó que tenía una fiesta en no sé cuál compañía... Iejos...

Estuvo a punto de añadir:

—Desagradecido. Después de todo lo que hiciste por él... Te mataste por criarle y hacerle gente...

Pero no dijo nada. No quería disgustar a Dionisia.

Aún dio dos vueltas por la pieza, irresoluto, mientras Dionisia, mirándole con el rabillo del ojo, sonreía. Le recordó:

—Cadaque, antes de irte, no olvidés para guardar bien la plata.

—Tenés razón. Ya me iba olvidar, caramba.

Felipe metió la mano entre las flores de papel del nicho y sacó un rollo de billetes. Diez mil pesos. Una verdadera fortuna, en esos tiempos. El producto de la venta del campito y de la mayor parte de las vaquillonas, efectuada días atrás y que Dionisia, en devoto acto de gratitud, había depositado a los pies de la Virgen. Luego se acuclilló, sacó los objetos que había sobre el baúl, levantó la tapa y escondió los billetes lo mejor que supo, separándolos en tres o cuatro porciones. Le estorbaba, en su trabajo, el revólver. Se lo sacó y lo dejó sobre la silla. Reacomodó la ropa, cerró el baúl, colocó de nuevo las cosas en su sitio sobre la tapa. Se incorporó y tomando el poncho colgado de la percha, se lo echó al hombro. Se inclinó sobre la cabecera de Dionisia y le rozó, cariñoso, el cabello.

—Mañana mediodía voy de vuelta. Ya sabés; Ña Estanislada viene luego.

Salió arrimando la puerta.

Desde la cama, Dionisia le oyó alejarse al galope del vivaz bordillo. Restalló, lejos, el primer cohete festivo. Mirando al nicho, rezó una Salve para que María Auxiliadora llevase a Felipe con bien. Sólo pasados unos minutos se dio cuenta del revólver olvidado sobre la silla. Pensó:

—Seguro se da cuenta, y tá volviendo.

Tendió el oído, un rato. Contó hasta ocho espacia-dos cohetes. Pero Felipe no volvió.

Dionisia suspiró.

—Con tal y que no le pase nada. Noche de Carnaval la gente se pone un poco loco...

Pero no. No le iba pasar nada. Felipe era hombre serio y sensato. Y le respetaban todos. Dionisia suspiró de nuevo, esta vez con alivio. Descansó.

Rato después, oyó acercarse al rancho, sobre la tierra dura, unas pisadas descalzas. Una voz un poco cascada llamó, a la vez que la puerta se entreabría.

—Dionisia!... Ya dormís che ama?...

Era Ña Estanislada. Vestida de negro como siempre. Menuda, flacucha. Tenía fama de mano santa, especialmente con las mujeres encintas. Quería mucho a Dionisia, y a pesar de estar su rancho lejos y ser noche de fiesta, venía a hacerle compañía. Lo primero que vio fue el revólver de Felipe sobre la silla.

—Eá... Felipe se olvidó su pistola. Qué juicio.

—Sí... Nunca le sucedió.

—Tan luego hoy...

—La Virgen le ha de proteger.

Ña Estanislada se sentó en la silla, poniendo antes con precauciones infinitas el revólver a los pies de la cama. Allá, a lo lejos, seguían restallando, más frecuentes, cohetes. Conversaron ambas mujeres sobre una infinidad de cosas, desde las gallinas enfermas de la maestra hasta el vestido estrenado por la carnicera el domingo anterior. Y terminando con los preparativos gloriosos del baile de carnaval en lo de Na Cayé. Pero pronto a Ña Estanislada comenzó a vencerla el sueño. Dionisia insistió para que se fuera: total ella estaba lo más bien. Ña Estanislada no quería; pero al fin el sueño ganó, buscando su natural declive... Y la mujer se fue. Cuando en el aire que ya adelgazaba, se espaciaban lejos los estallidos de cohetes. Noche de Carnaval en el campo; se iba terminando. Dionisia se levantó perezosamente para cerrar con llave la puerta. Se durmió apenas vuelta al lecho.

... ABRIÓ los ojos latiéndole fuertemente el corazón, como cuando tenía pesadillas. Pero no recordaba haber soñado nada. Miró en torno. Ni ella ni Ña Estanislada habían pensado en renovar el kerosén de la lámpara, y la luz habla empezado a bajar. Pero antes de que Dionisia pudiese pensar en levantarse para reponer el kerosén, se reprodujo el ruido que la había despertado. Justo a la puerta, afuera, algo se removía: cuchicheaban. Enseguida llamaron. Duros nudillazos perentorios; en ellos latió el peligro.

—Quién es?...—el corazón le brincaba como perdiz en cimbra.

—Abri—una voz áspera, susurrante, como disfrazada.

—Quién es?...—inquirió de nuevo, ahogadamente. En su vientre, la criatura alborotada saltaba espasmódica, tironeándole los costados. Un sudor frío le mojó la espalda. Se acordó de Adelina, la esposa del gringo Markel, a la cual estando encinta de cuatro meses violaron los peones de la estancia y a la cual hallaron muerta varios días después.

Junto a la puerta, quienes fueran habían entrado al parecer en conciliábulo. Los ojos de Dionisia, revoloteando como pájaros enloquecidos, mientras sus labios se movían rezando, cayeron de pronto sobre el revólver de Felipe, a los pies de la cama. Se incorporó, venciendo su paralizante terror, alcanzó como pudo el revólver, y se dejó de nuevo caer de espaldas, apretando con ambas manos el arma sobre los senos, bajo las cobijas. Afuera el conciliábulo había terminado. Algo largo y estrecho, como una lengua oscura, asomó entre hoja y marco. Crujió la madera. Estaban forzando la puerta con un machete.

Dionisia se oía a sí misma como en sueños rezar, mirando al nicho:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Con bárbaro chasquido, la puerta cedió. Fueron entrando, uno tras otro. Llenaban el escaso espacio. Tres emponchados, con sendas grotescas caretas hechas en casa sobre la cara, bajo los gachos sombreros. Dos más altos, otro más chico. El que parecía más robusto se inclinó sobre el catre:

—Dónde que guarda tu marido la plata de las vaquillonas?...

(También a Adelina le hicieron darles primero el dinero).

Dionisia apretaba el revólver contra el pecho hasta lastimarse los senos. Tenía los ojos muy abiertos: los labios apenas se movieron, pero la voz le salió mucho más clara de lo que ella misma creyera:

—Ahí, en el baúl.

—Jha la llave?

Era otro, un tungo, quien preguntaba. El tercero callaba. —Tá abierto, luego.

El más pequeño de los tres alzó la tapa del baúl de golpe, sin curarse de botellas y jarra, que cayeron detrás, haciéndose añicos. El tungo se acuclilló, metió la mano aventando ropas y objetos.

—Aquí no hay nada.

El más robusto se inclinó nuevamente sobre el lecho, amenazador; Dionisia susurró, los ojos dilatados, la boca de espanto:

—Busquen bien. Está repartido por entre la ropa.

La lámpara, que había comenzado a parpadear rato antes, era ya apenas una bujía. El más bajito de los tres encendió un fósforo y alumbró el interior del baúl: encendió luego otro y otro... Los otros dos, en cuclillas de nuevo, buscaban. Dieron con unos billetes, y, con una exclamación, siguieron escarbando. Más billetes... Las tres cabezas se juntaron sobre el hueco del baúl. Dionisia sacó de debajo las cobijas el revólver. Lo sostuvo con las dos manos, incorporándose un poco, de lado: disparó, a quemarropa, casi, tres veces. Un terrón del techo de paja y barro cayó sobre el catre...

Dionisia se derrumbó sobre la almohada, cerrados los ojos. Tenía tan desesperada necesidad de matar, que estaba segura de haber acertado. Pero no pudo saberlo de cierto. La lámpara, tras unos cuantos sobresaltos, se apagó, a la vez que la mujer se hundía en el desmayo como una bola de hierro en un pozo de algodón.

Tiempo después —no supo cuánto— fue saliendo de ese pozo, halada por una cuerda que se le hundía dolorosamente en las entrañas. La oscuridad era densa.

Alguien cerca de la cama removía, arañando el piso, y se quejaba débilmente, monótonamente. Dionisia no se preguntó siquiera qué fuese aquello. Se había apoderado de ella ese tremendo desinterés, esa prescindencia absoluta de cuanto no sea la propia consumación, que asimila tanto el parto a la agonía. Se oyó a sí misma quejarse una o dos veces. Los dolores se precipitaban crueles, arrolladores; una creciente de dolor que arreciaba su oleaje y retrocedía luego, que llevaba en sí misma pleamar y playa...

Y llegó por fin el momento en que fueron tres los gritos en la pieza: el del moribundo, el de la madre, el del recién nacido. Sólo por un momento. Porque enseguida el agonizante dejó de gemir; calló también la madre, exhausta, y en la pieza oscura sólo se oyó el débil lloriqueo del recién nacido.

TODO era borroso dentro y fuera de Dionisia: la luz, las caras, los pensamientos. Volvió el rostro instintivamente, buscando el nicho: no estaba allí. Alguien le puso en el hueco del brazo derecho un paquete tibio que olía a leche fresca. Vio una carita arrugada, rojiza, coronada de profuso cabello negro.

—Es un varón —decíale Ña Estanislada.

Una paz inmensa llenó el corazón de Dionisia: despacio y en silencio, muy despacio, como se llena la vasija agujereada que cae al agua. Poco a poco iban llegando vecinas, y se iban ajustando en la memoria de Dionisia los detalles de la noche pasada. Las vecinas elogiaban su valentía —pucha que había sido guapa —ponderaban su serenidad, la suerte que había tenido al olvidarse Felipe el revólver. Ella les oía pero cuanto decían le llegaba de lejos: no alcanzaba a rozar su epidermis, emocionándola.

—Pero qué puntería, che ama. Lo tre. No quedó vivo uno.

—Lo tre murió?

—Lo tre. Por eso que la trajimo a Dioni a esta pieza. A ello no le podemos tocar. Hay que esperar que venga el comisario con el juez de paz.

—Cadaque no vaya tocarle. No sirve sacarle ni la careta. El comisario o el jué solamente puede hacer.

—Dos se murió enseguida, parece. El otro murió más tarde.

—Rejuntamos tu plata, que taba por el suelo. La tiene Ño Cantalicio. Es de confianza, no?...

—Había sido letrado. Aprovechar el Carnaval para venir de mascarita.

El vecino enviado a llamar al comisario y al juez volvió diciendo que no los encontraba. Habían salido la noche anterior, avisados según dijeron para algo que había ocurrido en una compañía. Pero no tardarían ya mucho en volver.

Tardaban sin embargo: el tiempo pasaba. A las diez y media vino llegando sobre el bordillo, que sangraba de los ijares, Felipe Neri. Le habían dado la noticia cuando estaba todavía a más de una legua de distancia, y se vino matando su montado en la carrera. Escuchó el relato, sentado a la cabecera de Dionisia. Miraba a su mujer con los ojos brillantes de orgullo. Ña Estanislada le puso en los brazos la criatura.

—Alzalo pues. Es un varón. Igualito a vos.

A las doce no habían aparecido aún las autoridades, ni había regresado el hermano de Dionisia de su farra. Seguramente estaría durmiendo como otras veces bajo la enramada, en la casa de la china de turno. Algunas moscas verdiazules comenzaban a rondar los cadáveres. Ño Cantalicio dijo:

—Tiene que venir, siquiera, el sargento. Si no, con esta calor van comenzar oler mal.

Llamaron al sargento. Acudió. Era un milico retacón y arrebatado de color. Se inclinó resoplando sobre los cuerpos, y a su indicación, dos vecinos les quitaron las máscaras. El sargento se enderezó más carmesí que nunca, miró a los presentes como alelado. Ninguno le miraba a él, sólo a los muertos. Un silencio de fin del mundo. Una viejuca llegada con retraso forcejeaba, protestando:

—Dejen sitio, pare, yo taién quiero ver.

Le abrieron paso. Vio. Se santiguó.

Felipe Neri apareció ahora en la puerta de la otra pieza. Miró. Y cerró la puerta con cuidado. Para que Dionisia no oyera. Porque allí, junto a dos amigos de Felipe, compis de toda la vida, cara al cielo se enfriaba despacio, el hermano más joven de Dionisia. El último de los tres en morir.

JAMÓN COCIDO

*A María Covadonga, que colecciona
chiches, cuadros y paraísos.*

Está rico, rico, este jamón cocido. No es el de las despensas, viscoso, un poco amargo. Este es cocido en casa. Lástima que no puedo comer mucho. Por eso como despacio sentada en mi sillón, mirando desde mi pieza a Asunta que trabaja en la cocina. Me da lástima. La veo fregar. Lava todo el día. Con este frío. Tiene 28 años (por detrás parece 18; por delante 40) y dos hijos, cada uno de un padre. Ninguno de los dos le da un centavo. Uno, al principio se acordaba cada Navidad, dice, de pasarle unos guaraníes. Pero cuando de otro hombre tuvo el otro varón, ya no dio un centavo. Para qué voy dar? Para que se coma el otro macho? El padre del segundo pensó lo mismo: para qué voy darle; va comer el otro. Los dos ganan bien, toman cerveza, fuman cigarrillos y se forran el traste con jeans. Los dos chicos —seis años, dos años— van casi desnudos. Ella trabaja. La abuela, que casi no puede valerse de artrosis, cuida a las criaturas. En casa de mi hija, con la cual yo vivo, no le dan mal de comer. Come bastante. Hasta suele dejar comida en el plato. Come lo que todos. Es decir, no todo lo que todos. Del vino, o los dulces, o las tortas, no participa. Repito que no se le mezquina la comida. Si quiere servirse dos platos de borí-borí, o de puchero, o de soyo, puede hacerlo. Y puede tomarse un bol de mate con leche, de tarde, si quiere. Pero el hombre no vive solo de borí-borí o puchero o mate con leche; también le gusta de cuando en cuando un pedazo de torta. Para Asunta la gente sin duda se reparte en dos clases. Una, la de los que comen lo que pueden y la otra, la de los que pueden comer todo lo que quieren. No pasa hambre de cuerpo, pero sí de alma. Con seguridad que nunca comió un jamón como éste. Ya ayer me vio cuando lo comía y me preguntó:

—Es rico?...

Yo le dije:

—Muy rico.

Y ahí quedó la cosa. Pero luego pensando, me sentí egoísta. Trabajando todo el día, la pobre, y no puede comer un jamón como éste. Es verdad que tiene veinte vestidos (de los que nos envían de N. A. es cierto; pero qué? son de buena clase. Yo que no quiero llevarlos, pago por un vestido lo que ella por

diez...) Pero el jamón no viene de segunda mano, y Asunta no puede probarlo. Allí está moviéndose en la penumbra de la cocina como un fantasma. Tengo que hacérselo probar. Antes que se acabe. Aunque sea media tajada. La llamo:

—Asunta!

Nada.

—Asunta!

No contesta, aunque sé que ha ido. A veces hace así. Está malhumorada y lo demuestra como puede, con el primero que tiene cerca. La verdad, estas chicas no son muy políticas. Ponen cara fea a destiempo siempre, y con quien mejor las trata. Es verdad que quién las iba a educar. Asunta está de mal humor y se hace la sorda. Me fastidia. Porque yo no le he hecho nada. Mejor me guardo todo el jamón para mí. Precisamente, no tengo nada para cenar, y este jamón, con unas bananas y una taza de leche me vendrá muy bien. Ya lo creo. Decididamente me comeré yo el jamón. Pero por ahora he comido bastante. El jamón da sed. Me levanto y voy a la cocina a tomar un vaso de agua. No encuentro vaso. No sé qué sucede, pero los vasos desaparecen de la mañana a la tarde. Miro a derecha e izquierda y como no veo ninguno, tomo, para beber, el cucharón.

—Un vaso pa no querés la señora?

—Claro.

—Aquí tenés uno. Yo guardé todo, porque siempre se quiere romper.

Pobre Asunta. En medio de todo no deja de ser atenta a su manera. No está malhumorada conmigo, lo sé, está malhumorada con el mundo que no la trata bien. Le haré probar el jamón. Total, si es maleducada ella no tiene la culpa. Voy hacia mi pieza. Al salir de la cocina resbalo de repente; casi me voy al suelo, no llego a caer pero me raspo la piel de la palma al apoyarme en la pared, y el salto gimnástico no le hace ningún bien a mis huesos. Esta maldita costumbre de echar las pieles de las bananas por el suelo. Tal vez sea porque es menester que el suelo se ensucie para justificar la limpieza. Casi me he torcido el tobillo. Estoy enojada.

—Es que no sabés barrer, Asunta?

—Y yo barrí, la señora; pero luego vino el mitaí, y...

—Pero mi nieto está en la escuela. No volvió todavía.

—Y yo no eché la cáscara, la señora.

—Quién entonces?

—Y cómo yo voy saber?

(De mala manera. Qué es lo que se creen estas m...?)

No. Asunta se queda sin jamón. No merece. Yo soy la única que me cuido siempre de darle un chocolate cuando me regalan una caja, o yo los compro. Bueno, no siempre. De vez en cuando. Pero los demás, ni eso siquiera. Debería ser un poco más atenta conmigo. Inclusive cuando lava mi ropa. Podría ocuparse de colgarla bien escurrida para que seque más pronto. O no poner los batones de color al sol. O no planchar el nylon con plancha al rojo vivo. Pero no. Nada de eso. Para qué voy a seguir. No vale la pena. Me voy a leer un rato. Está pesado el día. Húmedo, frío, incómodo. Hace dos semanas que no se ve un retazo de cielo. Un día de éstos nos va crecer musgo en las axilas. Tengo sed otra vez. El jamón es rico, pero tiene ese inconveniente. Tengo que ir de nuevo a la cocina. Esta vez llevo un vaso mío. Asunta está sentada en el taburete cosiendo —mejor corcusiendo— unas prendas. Sus manos sin edad, a fuerza de jabón, estropajos, escoba, ostentan rastros de esmalte. Porque Asunta es coqueta y se las arregla con los restos que mi hija mayor deja siempre en los frasquitos para pintarse las uñas. No sólo las de las manos; también las de los pies: créase o no. Me da lástima. Mientras bebo deja su costura, y enciende la hornalla, pone agua a calentar.

—No vas a tomar tu café la señora?

—Ah, sí. Bueno.

Con el jamón y la sed casi me había olvidado del café. Yo tomo café. Los chicos prefieren cocoa. Miro a Asunta inclinada sobre la cafetera. Un perfil mal dibujado donde faltan o sobran cosas. Un mechón de pelo duro le tizna la mejilla larguirucha. La oreja parece medio sombrero piri chiquito, con agujeros enormes, sin pendientes. No me puedo contener y le pregunto:

—Asunta, nunca usaste aros?

—Si usé la señora. Hace rato. Tenía mi aro que me regaló mi abuela. Muy lindo aro. Oro diez y ocho, no

vas creer, nada de oro bajo. Pero cuando nació Ramoncito necesité y tuve que vender.

Otra vez se me reblandece la víscera maestra. Termino de beber mi agua y me decido a ir en busca del jamón. De pronto veo un burujón de algo que parece tejido sobre la plancha del fregadero. Lo alzo curiosa: es un vestido mío que eché de menos hace rato. Está irreconocible: se ve que ha servido para fregar la mesa o enjugar la plancha de granito del fregadero, durante un mes.

—Qué es esto, Asunta?

—Y... y... encontré por el suelo en el patio... pensé que era un batón viejo... y como en la cocina no hay repasador...

Ahora sí que pierdo la paciencia.

—Y no podés preguntar a mi hija o a mí antes de usar?

—Y yo pensé que había tirado.

—El viento se lo llevó!—le grito.

—Y cómo yo voy a saber?

—Y tenés que preguntar!

Me voy rajando a mi pieza. No señor, se acabó, nada de jamón. Que el diablo se la lleve. Si no distingue un vestido todavía en uso de un repasador, no distinguirá jamón cocido en casa con azúcar y canela de un pedazo de sambarí. Estoy furiosa.

Una voz humilde en la puerta de la pieza:

—No querés entonces que te prepare tu café, la señora?

—Y hacé si querés!—le contesto de mal talante.

Cinco minutos después ahí está el café. Calentito. Bien hecho. Otras cosas seguramente no las hace bien; pero el café lo hace excelente. De pie en la puerta:

—Te gusta pa mi café, la señora?

—Sí, Asunta, está muy rico.

Se va. La miro irse. Por detrás 28 —los que tiene— por delante... Le daré el jamón.

Termino de beber mi café. Voy a buscar el jamón. Abro la heladera. No está. Dónde lo habré puesto? Ahora recuerdo. Lo dejé precisamente encima de la heladera cuando fui a beber agua. Sí. Allí está el plato. Pero vacío... Miro en torno, desconcertada.

Hasta que acierto a mirar la silla en el rincón. Mi gato amarillo, arrellanado, me guiña crípticamente un ojo.